

Poca gente y mucho impacto

Sahara Occidental y geopolítica del Magreb¹

ALEJANDRO GARCÍA GARCÍA
(Universidad de Murcia)

Resumen

En el contencioso que desde 1975 enfrenta al Frente Polisario y Marruecos por el control del territorio de la antigua colonia española del Sahara Occidental son varios los ingredientes que se conjugan. Se trata de un conflicto de descolonización tardía, tributario del anómalo diseño fronterizo mediante el cual las potencias europeas se repartieron en su momento África, separando arbitrariamente a pueblos y familias. Se trata, asimismo, de un acto crepuscular en los movimientos independentistas africanos, emprendido 15 años después de la oleada liberacionista continental. Pero, quizá, la mayor singularidad de este conflicto sería la contradicción entre la extremada debilidad demográfica de una de las partes en conflicto, esto es los genuinos pobladores del territorio (menos de 300.000 personas) y la gran repercusión geoestratégica que su acción ha generado en la estabilidad del norte africano, y que afecta directamente a Argelia y Marruecos e indirectamente a Mauritania, España y Francia.

Palabras Clave

desierto – territorio – guerra – colonización – descolonización – Frente Polisario – siglo XX

Abstract

In the trial that, since 1975, confronted the Frente Polisario and Morocco over the control of the territory of the ancient Spanish colony of Eastern Sahara there are several items that converge. This is a conflict about a delayed decolonization, the arbitrary distribution of the territory of Africa by the European leaders separating peoples and families. The conflict is about the twilight of the African movements for independence after 15 years of attempts for liberalism. However, maybe, the most outstanding fact about this conflict would be the contradiction between the extreme demographic weakness of one of the parts in conflict, the population is of less than 300,000 people, and the way it affects and generates stability in the North of Africa and affects Argelia and Morocco and indirectly Mauritania, Spain and France.

Key words

desert – territory – war – colonisation – descolonisation – Frente Polisario – twenty century



Recibido con pedido de publicación el 25/03/2003
Aceptado para su publicación el 27/05/2003

GARCÍA GARCÍA, Alejandro "Poca gente y mucho impacto: Sahara Occidental y geopolítica del Magreb", *prohistoria*, Año VII, número 7, 2003, pp. 37-49.

¹ Este artículo incluye información de campo obtenida entre 1997 y 2000. Fue recogida en el territorio del Sahara Occidental, en los campos de refugiados saharauis de Tinduf (Argelia), en las unidades guerrilleras del Polisario desplegadas en el territorio de la antigua colonia, así como en las comunidades beduinas (fric) desperdigadas por los actuales territorios de Mauritania, Mali y Argelia.

El largo conflicto del Sahara Occidental (15 años de guerra y 12 de estancamiento diplomático) es algo más que un contencioso bilateral entre Marruecos y el Frente Polisario, es decir entre la fuerza que ocupó en 1975 la ex-colonia española y el sector de la población nativa que desde el refugio-exilio que les concedió Argelia en la hamada de Tinduf, decidió hacerle la guerra. Se trata de un conflicto convertido, desde hace más de 27 años, en la piedra de toque que define tanto la temperatura del Magreb como el futuro de la región a mediano y largo plazo (Marruecos, Argelia, Mauritania, Túnez y Libia). Precisamente esa dimensión regional, le ha dado una proyección mucho más global situando el contencioso en el campo de interés de las potencias mundiales. No sólo de Francia, estado que históricamente ha intervenido en el norte de África como si de un asunto doméstico se tratara, sino, a través del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, del resto de países que tienen peso decisivo: USA, Rusia, China y la Unión Europea.

Lo aparentemente paradójico es que lo que se dirime en la disputa es una árida estepa de 300.000 kilómetros cuadrados (sin una sola surgencia natural de agua) habitada en su origen por no más de 200.000 personas.

"No nos explicamos que es lo que pueda tener este desierto que todos los forasteros siempre han ambicionado poseerlo, desde el primer momento. Llegaron lo franceses, los españoles, los de Marruecos y todos quisieron quedarse con nuestras tierras. Pero fuimos nosotros quienes siempre vivimos aquí, somos gentes del desierto que aprendimos a sobrevivir en él a lo largo de generaciones y no como estos recién llegados. Esta tierra debe de tener algo oculto que no alcanzamos a saber qué es, pero que los extranjeros siempre han ambicionado."

Estas palabras de Sidi Mohammed uld Breh, un sencillo pastor de la cábila local Ulad Musa, en 1976, expresan la perplejidad con que la población beduina vivió la catarata de hechos que en los años 1970s. los condujo de manera traumática a un destino de brutal desarraigo. Aunque pocos de ellos eran capaces de dibujar un cuadro exacto de lo que estaba ocurriendo en 1975-76 (eran nómadas sencillos recién llegados al "mundo global"), los viejos notables tribales ligados a la administración colonial sabían, sin embargo, que todo había comenzado a gestarse cuando los europeos llegaron al Sahara a principios del siglo XX. Sabiéndose en el centro de un haz de intereses extralocales (Marruecos, Argelia, España y Francia) buscaron gestionar una salida evolucionista-reformista, en alianza con una de las partes, el poder metropolitano español, que hiciera viable un nuevo Estado, a pesar de su radical debilidad demográfica. Paralelamente, desde el mismo universo beduino, surgió otra propuesta que, reconociendo también la existencia de una red de intereses globales vinculados al futuro del Sahara Occidental, optaron por la alianza con Argelia/Libia que incluía la vía militar y la guerra frontal como requisito para la creación de un nuevo Estado. Sus valedores eran jóvenes veinteañeros, hijos mestizos del desierto y la ciudad, tradicionalistas como sus padres y políticamente cosmopolitas. Ellos interpretaron la historia y el presente global a su manera y crearon un instrumento, el Frente Polisario, producto del tiempo liberacionista.

Colonias, fronteras y exclusiones

Antes de la conferencia de Berlín (1885), en la que los europeos se repartieron África, la franja occidental del gran Sahara era un territorio de 2 millones de kilómetros cuadrados poblado por 300/400.000 personas (pastores nómadas) que hablaban la misma lengua, el Hassanía, y reconocían a su tierra con el genérico nombre del Bidán (País de Blancos). A través de una larga historia se habían fragmentado en un centenar de cábilas (tribus) de muy diverso tamaño y dedicación, asentadas en áreas que consideraban propias, pero en constante movimiento territorial. Hasta ese momento la relación entre ellas respondía a un sutil y complejo repertorio de pautas que mantenía el equilibrio y evitaba que los conflictos intertribales sangraran una demografía siempre en el umbral de la autorreproducción. En 1900 Francia y España se repartieron este espacio y lo rubricaron con un tratado en 1904. El reparto fue desigual, Francia ocupó el 85% y España el resto.

En un primer momento, a diferencia de España, Francia entró al Sahara desplegando poderío militar y organigramas administrativos para "republicanizar" el Bidán y convertirlo en el centro de una inmensa marca francesa que iría desde Argel hasta San Luis en Senegal. Utilizando el palo, la zanahoria y gran mano izquierda para manipular a las cábilas,² lograron atraerse a unas como aliadas enfrentándolas a otras. Mientras un Chej (jefe tribal) dictaba una Fatua que declaraba la alianza con Francia, otro Chej mediante otra Fatua les declaraba la guerra a los ocupantes y llamaba a la Guerra Santa (Yihad).³ Por segunda vez en la historia los nómadas saharianos se enrolaban en una Yihad. La primera había sido en el siglo XI cuando encendidos de pasión religiosa por los discursos del iluminado predicador Abdalá ibn Yasín, crearon el movimiento Almorávide y, una vez conquistado Marruecos, llegaron hasta el río Ebro. La particularidad de la Yihad contra Francia a principios del siglo XX fue su carácter liberacionista, de ahí que en la Fatua del Chej Ma el Ainín no se enfatizara tanto la guerra contra el infiel como la guerra contra el invasor foráneo. Setenta años después, el Frente Polisario repetiría casi en los mismos términos las palabras de Ma el Ainín para justificar su declaración de guerra a Marruecos, considerándola igualmente como una Yihad, en este caso absolutamente desprovista de referente religioso. La prepotente colonización francesa había enseñado a dos generaciones de beduinos la estrategia y sentido de una guerra que los rebeldes (Muhayidin) consideraban de liberación. Los niños del Sahara aprenderían en el futuro a recitar las hazañas de héroes legendarios en la guerra con Francia: Alí Meyara, Ismail Bardi, Wayaha, Abdelrahman uld Maichán. Desde su fundación en 1973 el Polisario haría uso de esos nombres en tanto que precedentes ejemplares cuya memoria legitimaba y daba continuidad a su elección de las armas.

Una profunda división entre las cábilas fue la herencia envenenada que tras 30 años de conflicto intermitente (1905-1934) dejó la maquinaria militar francesa. Las autoridades

² El agente francés en esta empresa fue el habilísimo Xavier Coppolani.

³ Uno fue el Chej Sidia Baba, de la cábila mauritana de los Ulad Abieri, el otro fue Chej Ma el Ainín en 1905, notable hombre santo instalado en la Saquia el Hamra (Sahara Occidental).

coloniales repetían que Francia sólo reprimía el bandidaje de los que se empeñaban en combatir al nuevo orden, gentes marginales de las cábilas más pobres, o más incluso: que lo que ocurría en el Sahara era una guerra civil entre cábilas que se combatían entre sí. Porque efectivamente el grueso del ejército francés estaba formado por tropa local al mando de oficiales metropolitanos, pero quienes morían en las escaramuzas eran beduinos a manos de otros beduinos. Los Ulad Abieri, Ulad Gailán, y los Kunta proporcionaban al Círculo de Adrar mano de obra nativa con la que destruir los santuarios de los rebeldes Ulad Musa, Suad, Boihat o Arosien. Un ejemplo: más de la mitad de la tropa que en 1912, bajo el mando del coronel Mourad, destruyó la ciudad santa de Smara, en la Saquia el Hamra, se había reclutado en la cábila de Ulad Gailán. Esta suerte de guerra civil, que el colonialismo enfatizó gustosamente, creó resentimientos históricos entre familias y cábilas que en buena parte echaría más leña al conflicto que en los años 1970s. enfrentó al Polisario con Mauritania.⁴ En 1934 Francia y España acordaron sellar sus fronteras para que el Sahara español dejara de ser santuario de los Muhayidin antifranceses. Los líderes de la resistencia, exhaustos y acosados, se avienen a la pacificación y deciden integrarse, junto a sus familias, en la parte española donde se sienten más seguros. "No nos gusta Francia, queremos España" dice Abdelrahman Maichán. En ese año del Melga Lahkama (la Reunión de los Gobiernos, según la contabilidad beduina) se acaba, de momento, la guerra.

Lo que no ha hecho más que empezar son los profundos cambios que la presencia colonial va a introducir de manera irreversible en la existencia del nómada hasta dislocar las trayectorias propias de una cultura y usos tejidos durante generaciones de vida en el desierto. Sin duda el más evidente fue el acelerado proceso de sedentarización que se puso en marcha a partir de los años 1950s. Y paralelamente el nacimiento de nuevos polos urbanos erigidos en espacios donde nunca hubo población estable. Es el caso de Nuakchott, diseñado por Francia como centro administrativo de la nueva Mauritania, de Zuerat, ciudad minera surgida al socaire de las minas de hierro del Kediat Idjil. O el Aaiùn y Dahla (Villa Cisneros) en el Sahara español, ciudades de nueva planta que en 15 años drenan al 70% de la población nómada hasta convertir a la colonia española en la entidad con mayor tasa de población urbana del continente.⁵

De los legados del colonialismo ninguno tendría más peso en el futuro del Sahara Occidental que la parcelación del territorio y el trazado de fronteras. Desde 1932, los topógrafos militares, franceses y españoles, amojonan miles de kilómetros de fronteras ficticias. De momento sólo había dos soberanías, España y Francia, pero en 1963 (tras la independencia de Marruecos en 1956, de Mauritania y Malí en 1961 y Argelia en 1963) el compacto territorio del Bidán estaría bajo cinco banderas. Un pastor de Ergueibat Charg, por ejemplo,

⁴ Para el Polisario el presidente Mohtar uld Dadá era un traidor congénito. Al ser de la cabila Ulad Abieri, tradicional aliada de Francia, era un hombre poco de fiar. Además como descendiente del "vendido" Sidfa Babá no podía hacer otra cosa de la que hizo.

⁵ El censo de 1974 indicaba que de los 74.000 saharauis registrados, más de 40.000 vivían en áreas urbanas.

en su permanente nomadeo tras el ganado debía de llevar documentos de tránsito firmados por cuatro o cinco países si quería evitar problemas con patrullas de frontera. A un viejo nómada, Alehu uld Bani, cuando un oficial español de tropas nómadas le pide identificación y nacionalidad, responde: “¿Qué dices? Mi nacionalidad es este ued,⁶ aquí ha pastado siempre mi ganado, aquí han vivido siempre mi padre, mi abuelo y el abuelo de mi abuelo. El que tiene que enseñarme los papeles eres tú. Tú eres el extranjero y es a ti a quien esta tierra no conoce.”

El trabajo de los topógrafos habría sido mera anécdota, si las ficticias fronteras no se hubieran convertido en dogmas territoriales tras la consagración de los nuevos estados. El 2º artículo de la carta fundacional de la OUA (Organización de la Unidad Africana) daba por bueno la cartografía de la época colonial y declaraba inamovibles las fronteras heredadas. Así el Argel independiente de 1963, cuyos habitantes siempre miraron al mar, se encontró con jurisdicción sobre 1,5 millones de kilómetros cuadrados de un desierto en retaguardia sin vínculo alguno con la Argelia mediterránea. Marruecos, en cambio, cuyo *limes* sahariano había sido siempre correoso y difuso, accedió a la independencia sin la parte de Sahara que supuestamente le correspondía. O Mauritania, país de artificio, cuyas fronteras dividieron aleatoriamente a familias y cábilas. “Ahora para visitar a nuestras familias tenemos que llevar documentación de cuatro países. Nosotros no hemos cambiado, seguimos siendo los mismos, pero otros han decidido encerrarnos en cuatro jaulas.” A miles de saharianos les sucedió lo que al Chej de la cábila Izarguien, Brahim uld Abdalahe uld Sidi Yusef en 1958, quien sarcásticamente comentaba: “una noche sin mover mi jaima me acosté español y me levanté marroquí.”

El desierto español y los jóvenes díscolos

Que el arbitrario trazado de fronteras estuvo en el origen del posterior conflicto del Sahara Occidental, es obvio (al igual que en el fractal de disputas en el África postcolonial). Más complejo sería, en cambio, identificar los hechos históricos que se conjuraron para dotarlo de la singularidad que lo identifica, es decir la rapidez de su explosión, la convergencia de intereses extralocales y la tozudez con que permanece en el tiempo. Inevitablemente, la primera aproximación nos llevaría a examinar los 90 años de colonización española.

A diferencia de la potencia con que Francia se despliega en el Sahara, España inicia su presencia de manera tímida y puntual. En 1885 el barco *Ceres*, cargado de geógrafos, comerciantes, mercancías para la venta y una docena de soldados, al mando del capitán Bonelli, echa el ancla en la bahía de Dahla. Concebida como una expedición comercial, el objetivo era fundar un almacén para negociar con los nómadas y surtir de insumos a los pescadores canarios que faenan en la zona. El interior del territorio no interesa y respecto a los nómadas la consigna es no interferirse en sus vidas. Esto es: vivir y dejar vivir. Aunque el proyecto

⁶ Río

comercial fracasó en poco tiempo, España siguió presente tímidamente, con un puñado de soldados (unos 800 hasta 1934) repartidos en tres fortines aislados: Güera, Dahla y Tarfaya. A pesar de que por los acuerdos con Francia (1934) España se vió obligada a estacionar un volumen de tropa cada vez mayor (control de fronteras), la colonia siguió siendo, esencialmente, una base de apoyo a la navegación oceánica. Fue el período en el que comienzan a contratarse a los primeros nómadas como tropa auxiliar. Y fueron, además, años de tolerancia y respeto (por la conciencia española de su gran debilidad ante el infinito mundo hostil que tienen en retaguardia y por ser suministradores de empleos y pesetas para los paupérrimos nómadas) en los que se van fabricando vínculos de familiaridad desde la población local. A ello contribuyeron las dos excepcionales personas que estuvieron al frente de la empresa colonial: el capitán Bonelli y el coronel Bens.

A fines de los años 1950s., este idílico *tempo* colonial, llegó a su fin y un torbellino de cambios modificaría radicalmente el ritmo de la colonia. Primero se descubrieron los yacimientos de fosfatos en el ued Bu Craa,⁷ los más grandes de África. Paralelamente la fiebre del petróleo lleva a la compañía Cepsa a perforar 100.000 metros de sondeos exploratorios. En 1960-61 Cepsa invirtió 3.000 millones de pts. en las catas, mientras que Enminsa (compañía minera *ad hoc*) invierte, entre 1963 y 1969, 13.450 millones en poner en explotación los fosfatos. El primer cargamento hacia el Atlántico sale en 1969 (mediante una cinta transportadora de 80 kilómetros). En 1972 se producen 73.000 Tm, en 1975 son 2.677.234 Tm. Paralelamente a la puesta en valor de la colonia, los presupuestos estatales pasan de 53,5 millones (1960) a 2.374 (1975), un aumento del 5.000%. El Sahara es un nuevo El Dorado. Se construyen 6.000 kilómetros de carreteras y pistas, se matriculan miles de vehículos, se densifica la red telefónica y se tienden las infraestructuras urbanas. Las ciudades crecen, se levantan escuelas, institutos y hospitales. Un imparable éxodo convierte a los antiguos nómadas en nuevos empleados urbanos (7.000 saharauis cobran nóminas del Estado y otros tantos reciben ingresos de nuevos empleos urbanos en 1974). El Sahara Occidental goza del mayor nivel de renta del continente: 2.250 dólares per cápita.⁸ El meteórico y brutal éxodo hace que en 1974 el 83% de la población saharauí viva en las ciudades (de 74.000 censados, sólo 8.000 se declaran nómadas).

Justo en el momento de mayor impulso desarrollista (diciembre de 1965) la Asamblea General de Naciones Unidas (a instancia de varios países africanos) adopta la primera resolución sobre el Sahara, emplazando a España a que acelere la descolonización. Pero esta propuesta, ahora que sus gentes tienen más expectativas que nunca, es rechazada por los notables tribales. En marzo (1966) 800 de ellos responden que su pueblo no "tiene prisa" y que "desean seguir indisolublemente ligados al estado español" aunque no se excluye la posibilidad de acceder en el futuro a la independencia total "...cuando dispongamos de

⁷ En el núm. 97 de la revista *África* (1950) el geólogo Alia Medina indicaba la existencia de los inmensos yacimientos.

⁸ 1975 World Atlas Bank, population, per capita product and growth rates. Washington 1976.

dirigentes competentes y medios económicos adecuados.” En octubre las asambleas tribales (Yemáas) refrendan con un 89% de votos la propuesta de los 800 Chiujs. Y en noviembre, 18 de ellos viajan a Nueva York, donde en la Asamblea General reiteran esta posición.

Al año siguiente (1967) se crea la Asamblea General del Sahara, conocida como la Yemáa (viejo nombre de las asambleas de las cábilas) en la que 82 notables, 40 elegidos directamente y 42 *ex officio*, se constituyen en una especie de senado consultivo. Su composición es una alquimia de equilibrio entre cábilas. Y en el acto inaugural su presidente Saila Abeida, marca la línea maestra: “somos hombres cuyo deber es garantizar la unidad entre nosotros y trabajar por la unidad con España y el bienestar de nuestro pueblo.” Conociendo el tipo de hombres que componían el notablato tribal (“gentes de una pieza”) las palabras de Saila Abeida nada tendrían de obsecuencia aduladora hacia España. Participar en la Yemáa sería para ellos, como expresaba Jatri Yumani, una manera de enfrentarse al concepto de territorialidad por encima del tribalista y familiarizarse con los rudimentos de la función administrativa y política. Disponían de una propia visión de futuro y tenían las ambiciones extralocales que su reciente prosperidad podría generar en “vecinos caníbales”. Cuando años después los jóvenes del Polisario los acusaron de entreguistas y españolistas alguien respondía: “Eso es un insulto a su memoria. Eran hombres que tenían su propio criterio y empeñaban su palabra. Si aceptaron a España es porque vieron ventajas para nuestra gente. Cuando hablaban lo hacían con voz propia y no eran marionetas de nadie. Eran hombres prudentes, cargados de experiencias, que escrutaban el futuro para conducir a los suyos.”⁹

Aunque nunca surgió como una propuesta explícita de la Yemáa, conforme las riquezas del Sahara Occidental lo convertían en un país viable, las ciudades crecían y las nuevas generaciones accedían a estudios superiores, comenzó a gestarse el consenso sobre una posible independencia a 10-15 años vista. En febrero de 1973 la Yemáa solicitó al gobierno español ayuda económica para hacer frente a la sequía y un Plan de Autonomía que condujera a la independencia en cinco años, es decir en 1978. La idea estaba madura. Pero, de nuevo, y esta vez con más fuerza que nunca, un haz de presiones exteriores vinieron a interferir lo que, acaso, podría haber sido una transición armónica.

La primera fue el nacimiento en 1973 (mayo) del Frente Polisario. La nueva organización se nutría, en el 90%, de jóvenes procedentes del sur de Marruecos, la mayoría de los cuales estudiaban en universidades y colegios del reino y eran hijos de saharauis que habían salido al exilio tras la guerra del Dij Tahrir (1958, contra la presencia española y francesa). Ninguno de ellos había puesto nunca sus pies en la colonia española pero se sentían hijos legítimos del Bidán y excluidos de la bonanza que se vivía en el Sahara Occidental.¹⁰ Conducidos por un gigante visionario llamado el Uali Mustafá Sahyed, inspirados

⁹ GARCÍA, Alejandro *Historias del Sahara. El mejor y el peor de los mundos*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2001, p. 96.

¹⁰ El futuro dirigente del Polisario, Bachir Mustafa Sayed, cuya infancia transcurrió en Marruecos lo aclara: “La visión que en el sur de Marruecos teníamos de la colonia es que eran muy ricos. Se envidiaba su nivel de vida y se palpaba la prosperidad. Se pensaba que con España todos cobraban

por Nasser, F. Fanon y el Che Guevara e inflamados de liberacionismo panafricano estaban dispuestos a echar a los españoles a tiros. La urgencia en crear la organización y comenzar la lucha armada la justificaba el Uali porque "si tardamos un año más, el consumo y el bienestar en la colonia acaba corrompiendo a toda la juventud hasta hacerla olvidar que la lucha por la independencia es nuestro sagrado deber." Pero más allá de expulsar al colonialismo para manejar el propio pastel económico no tenían ideas claras sobre el futuro, ni si el nuevo país sería independiente, ni si formarían parte de Marruecos o si se asociarían a Mauritania. Tardaron dos años, fatalmente tarde, para fijar su proyecto de república independiente. De cualquier modo, la existencia armada del Polisario acosando a las tropas españolas, su éxito publicitario cada vez mayor entre los saharauis de la colonia y su cada vez más intensa proyección al espacio internacional (Libia fue su primer altavoz) condujeron a la diplomacia española a acelerar los trámites descolonizadores.

En agosto de 1974 el gobierno español, sorprendido por la belicosidad del Polisario y sin más capacidad de dilación, notifica a Naciones Unidas su disposición a que el referéndum de autodeterminación se celebre en el primer semestre de 1975. Y aquí es donde por primera vez el rey de Marruecos muestra sus cartas: "la independencia no puede ser una de las opciones en consulta," advierte. Esto es, "el Sahara nos pertenece por derecho histórico". Y para que todos lo sepan, "que sea la Corte Internacional de Justicia de la Haya la que dictamine si nuestros derechos sobre el territorio son o no legítimos antes de que se celebre la consulta." En diciembre de 1974 Naciones Unidas retrasa el referéndum hasta que La Haya se exprese (su dictamen se conocería en octubre del 75).

Un regalo de la providencia para el sultán de Marruecos

Son varias las razones que se conjugan en 1975 para que Marruecos, violentando la legalidad internacional (desconocer las resoluciones de Naciones Unidas) se anexiona, mediante invasión militar, el Sahara Occidental. En su dictamen del 16 de octubre la Corte de La Haya¹¹ dejaba claro que Marruecos no había aportado argumentos que legitimaran

sin trabajar. Para los jóvenes el Sahara Occidental eran los cigarrillos que entraban, las radios, las buenas casas. Pensábamos que las minas de fosfatos eran enormemente ricas y queríamos compartir toda esa riqueza, esa abundancia había que repartirla. Y nosotros estábamos excluidos del bienestar porque nuestros padres en los cincuenta se levantaron en armas y tuvieron que salir. Eramos los perdedores de esa prosperidad."

¹¹ "Los elementos e información aportados a la Corte Internacional de Justicia muestran la existencia, en el momento de la colonización española, de lazos jurídicos de alianza entre el sultán de Marruecos y algunas tribus que vivían en el territorio del Sahara occidental [...] pero no establecen la existencia de ningún vínculo de soberanía territorial entre el Sáhara occidental de una parte y el reino de Marruecos o el conjunto mauritano de otra. La Corte no ha constatado la existencia de vínculos jurídicos que hagan modificar la aplicación de la Resolución 1514 referida a la descolonización del Sáhara occidental, y en particular la aplicación del principio de autodeterminación gracias a la expresión libre y auténtica de las poblaciones del territorio..."

históricamente sus derechos y por tanto recomendaba que siguiera adelante la vía refrendaria, sin embargo, reconocía que en el pasado hubo ciertos vínculos entre algunos notables saharauis y el reino de Marruecos. Esta apostilla fue la que magistralmente utilizó Hassán II para venderle a su pueblo que la Corte Internacional reconocía sus aspiraciones anexionistas. Al día siguiente el rey paralizó a su país con el ya legendario discurso en el que los convocaba a la Marcha Verde.

Ni en su órdago anexionista ni en las maniobras de los siguientes años hay indicios que transluzcan la ambición por las riquezas del Sahara, no es ésta la obsesión que mueve al rey (al contrario, el Sahara se convertiría en el mayor agujero negro de la economía marroquí, responsable de los endémicos desajustes presupuestarios del reino y de la insolvencia para hacer frente durante los siguientes 20 años a la gravísima pobreza nacional). La razón de más peso en 1975 era salvar a la monarquía de su mayor crisis de legitimidad. Desde que en 1965 en el Bidonville de Ben Msick, en Casablanca, la policía ahogó con cientos de muertos un motín de hambre, no había habido año de tregua. En 1967-73 cientos de huelgas paralizaron las universidades y el escaso tejido industrial del país, en 1971 el rey se salva *in extremis* de un complot militar y al año siguiente vuelve a salvar milagrosamente la vida tras un atentado a su avión, en el que estaba implicado el núcleo duro de la cúpula militar. Con la Marcha Verde, el rey convertía a la clase política en rehén del trono, a los desheredados les presentó un Sahara que sería la nueva tierra de promisión donde superar las penalidades. Y a su mayor enemigo interno, el generalato, le ofreció un escenario alejado donde medirse y rigor disciplinario a los incapaces para la guerra. En los siguientes años caerían, uno tras otro, en el lodazal del Sahara los jefes más carismáticos.

Desde la razón geopolítica la anexión de los 300.000 kilómetros cuadrados de desierto fue interpretada en Marruecos como la compensación a un largo agravio comparativo: "si los argelinos de la Cabília han recibido de Francia 2 millones de kilómetros de desierto, cuando ni siquiera lo conocían, además rico en hidrocarburos, nos asiste el derecho a recuperar el nuestro con el que tanta historia en común tenemos." O como escribía el sociólogo A. Laroui: "El mismo nombre Sahara Occidental nos parecía incongruente, de un concepto geográfico no se podría generar una entidad política. Ya existía un Sahara argelino, tunecino, libio, egipcio, sudanés, somalí. ¿Por qué erigir en nación independiente sólo el Sahara Marroquí?" Aunque el rey no se detenía en estas menudencias justificativas, para él había razones transcendentales y ontológicas de mucho mayor peso. A la ciudadanía, a los medios de comunicación y a los intelectuales del reino Hassán los sedujo con crípticas proclamas que iban directamente al sentimiento y al profundo pasado, es decir al mismo *ethos* constituyente de la marroquinidad. "No es la conquista de algo que nos pertenece, sino la recuperación de algo que siempre vivió en nosotros, en nuestra cultura." Pero en esencia, los argumentos histórico-sentimentales, en cuyo manejo Hassán II era un consumado maestro, no eran sino una engañosita que escondía lo esencial: conservar el poder y fortalecer la monarquía. Otra razón de Hassán, y quizá la de mayor peso, se derivaba del horror a ser estrechado en dogal por su archienemigo regional, Argelia. Si además de tener en el este una frontera común con Argelia de 2.000 kilómetros, un nuevo Estado proargelino nacía en el sur, Marruecos se ahogaba.

Aunque la percepción internacional sobre la Marcha Verde era que el rey de Marruecos había actuado como un suicida al desconocer a Naciones Unidas y arriesgarse en un proyecto incierto, en realidad manejó sus bazas con gran seguridad, porque lo respaldaban sólidos apoyos: Francia y España. De momento había conseguido la alianza del presidente mauritano Mohtar uld Dada (septiembre 1974) con la promesa de un reparto común del Sahara Occidental, por tanto el posible contencioso no sería un conflicto bilateral sino un reajuste regional en que había implicados tres Estados (España, Marruecos y Mauritania). Francia (el "Estado patrón" del Magreb) había dado su visto bueno al acuerdo y, a través de su ministro de exteriores Guiringaud, mostró su sólido apoyo a la partición del Sahara. Cualquier cosa menos crear un nuevo Estado independiente, interpuesto en cuña entre sus más firmes aliados norteafricanos. Máxime si el nuevo Estado nacía como un satélite de Argelia, ahora que ya era obvia la estrecha relación entre el presidente argelino Bumedian y el Uali Mustafa Sayed. La firmeza de su respaldo llevaría a Francia a emplear sus cazabombarderos Mirage, en 1977, en apoyo de Mauritania durante la guerra con el Polisario (Operation Lamantin).

Era el mismo miedo a un estado independiente proargelino lo que decidió al gobierno español a inclinarse por Marruecos. En 1966, mientras el ministro de exteriores Castiella y su equipo defendían los compromisos con NU hacia la autodeterminación, el vicepresidente del gobierno Muñoz Grandes tejía contactos con al Allal el Fasi¹² y le aseguraba su posición en favor de la entrega a Marruecos. Cuando en 1975 la descolonización se acercaba, la línea del teniente general Muñoz Grandes se hizo dominante en el alto mando militar. Según declararían Piniés en el Congreso de Diputados (1978), el Alto Estado Mayor era la voz más rotunda por la integración del Sahara a Marruecos, sobre todo cuando apareció en escena el Frente Polisario. Además de la repugnancia al ideal revolucionario de la guerrilla, el generalato se oponía a un Sahara independiente que, según ellos, sería una república satélite de Argelia y Libia y por tanto en la órbita soviética. Es decir una ventana comunista abierta al Atlántico y amenazando a Canarias. Demasiado riesgo, ahora que otro país atlántico estaba supuestamente sin timón (Portugal tras la Revolución de Abril). Ello, sin contar el previsible conflicto por Ceuta y Melilla que desencadenaría una negativa a las aspiraciones saharianas de Marruecos.

El amigo argelino

En este avispero de intereses, los proyectos de futuro y la pausada prudencia de los jefes tribales habían sido trituradas por fuerzas mucho mayores. Para ellos, y para todos, lo que vino después fue una tragedia. Mientras que a estos hombres maduros, el Polisario siempre les pareció una loca aventura que difícilmente acabaría bien, los jóvenes revolucio-

¹² Inspirador de la teoría del Gran Marruecos, una entidad nacional que comprendería desde Gibraltar hasta el río Senegal y que integraría los actuales Marruecos y Mauritania, el suroeste de Argelia y el noroeste de Mali.

narios se sentían a final de 1975 convencidos de una victoria a corto plazo, sobre todo desde que Argelia los apoyaba sin reservas. Estaban convencidos de que si había guerra el ejército argelino iba a entrar en combate junto a ellos.

Conseguir el apoyo argelino había llevado su tiempo. En verano de 1973 el Uali y sus amigos exploraron primeros contactos con el FLN, pero les hicieron poco caso, "cuando tengáis masas detrás y heridas de guerra en vuestros cuerpos, venid a vernos." En sus tres primeros años el Polisario sólo recibió ayuda, en armas y dinero, de Libia. Fue tras su inmensa popularidad, evidenciada en las manifestaciones de mayo de 1975 en el Aaiún, Dahla y Smara, cuando el astuto Huarí Bumedian recibió por fin en Argel al Uali y le brindó, ahora sí, un apoyo sin condiciones. Por lo pronto les proporcionó una base de retaguardia en Tinduf, armamentos, instrucción militar en las academias de Argelia y dinero. En noviembre, días antes de la invasión del SO, Bumedian trató, *in extremis*, de convencer al presidente mauritano para que saliera del juego, pero uld Dadá, respaldado por Francia y con la promesa de Hassán II de su renuncia a las históricas apetencias marroquíes sobre Mauritania, se mostró inamovible.

Es de sobra conocido que cuando se produce el éxodo de la población saharauí (principios de 1976) ante la ocupación militar marroquí del Sahara Occidental Argelia les dio un territorio donde cobijarse y sustento en la emergencia. Menos conocida es la implicación directa de su ejército en combates abiertos, al lado del Polisario, contra marroquíes y mauritanos. A lo largo de enero de 1976 varios batallones de la ANP (Armée National Populaire) se trabaron en docenas de combates en el este del SO y el norte mauritano. Con especial aportación de unidades antiaéreas y artilleras. Por lo menos 2 aviones Mirage F-5 de las FAR (Forces Armées Royales) fueron tumbados y cientos de marroquíes muertos. Todo fue negado por Argelia, hasta que el 1º de febrero una compañía regular argelina fue cazada en el pozo de Amgala (SO). 100 argelinos muertos y 100 prisioneros. Hassán exhibió a los prisioneros como prueba de cargo contra Argel y el 15 de febrero le escribió a Bumedian acusando a su ejército de "haber causado decenas de víctimas entre mis hijos y los combatientes de mi país." Al día siguiente Argel informaba que desde hacía dos semanas ninguno de sus soldados pisaba el SO. Se retiraban para siempre del frente de guerra. Para el Polisario fue la peor de las noticias posibles, la amarga evidencia de que jamás podrían ganar la guerra.¹³

A cambio de sostener a los refugiados y suministrar apoyo, logística y respaldo diplomático irrestricto al Polisario, el gobierno argelino siempre tuvo la última palabra sobre las líneas estratégicas y tácticas del conflicto. En el frente de la guerra el estado mayor de la ANP daba el visto bueno a las grandes operaciones, desestimando las que no les convenía. En 1983, por ejemplo, obligó al Polisario a levantar el cerco de Echdería en el que todo un cuerpo de ejército de Marruecos llevaba dos meses copado sin posibilidad de escape. Fue

¹³ En su último discurso, 20 de mayo de 1976, el Uali reconoció que la imposibilidad de un triunfo militar sin el ejército de Argelia abría un tiempo de espera infinito que sólo podría ser resuelto favorablemente si en Marruecos se producía una revolución antimonárquica.

un regalo que el presidente Chadli Benjedid le hizo a Hassán II para mostrarle que quería reanudar relaciones diplomáticas. Cuando se intercambian de nuevo embajadores en 1988 al Polisario se le veta atacar los 100 kilómetros de muro norte que defienden las dos ciudades más potentes del SO. Docenas de veces el Polisario debió abandonar operaciones militares que no convenían a Argel. Simplemente, el "gran hermano" les cortaba el suministro de combustible.

Igualmente en el ámbito diplomático, a cambio de la defensa sin condiciones del Estado saharauí en el exilio (RASD), Argelia marcaba las líneas maestras al Polisario. El hecho más significativo, en este sentido, ocurrió en 1979, cuando Mauritania, exhausta por la guerra, decide abandonar la parte sur del SO. En julio de ese año, en un encuentro en Nairobi, entre el nuevo presidente Khuna uld Haidala y el hombre fuerte del Polisario Bachir Mustafá Sayed, acuerdan que, mediante un referéndum confirmativo, Mauritania les entregará la parte sur. En el interregno Naciones Unidas garantizarían la seguridad en la zona. El día que se iba a rubricar este acuerdo en Argel, el 5 de agosto, uld Haidala se llevó la desagradable sorpresa de que el Polisario se retiraba del acuerdo. Un Bachir esquivo hizo entender a uld Haidala que los argelinos no estaban de acuerdo y habían impuesto su criterio.¹⁴ Al desechar la partición se cerraba una vía de avance (finalmente es la que en enero del 2002 ha propuesto el presidente argelino Buteflika) que probablemente habría puesto fin al conflicto. En esos años Argelia jugaba al todo o nada, a la derrota sin condiciones del adversario.

Aunque el papel decisorio de Argelia siempre fue ocultado por los líderes del Frente Polisario, a éstos nunca los abandonó el temor a lo que su gran valedor podría hacer con ellos. Uno de ellos, Omar Hadrami, tras desertar en 1989 a Marruecos declaraba a *Jeune Afrique*: "Siempre estuve obsesionado por la idea de que existimos gracias solamente a Argelia, de que nuestra pequeña población no podía soportar indefinidamente tal prueba."¹⁵ Incluso Mohammed Abdelaziz, presidente de la RASD, llegó a pensar en abril de 1992, tras una tensísima reunión con el hombre fuerte argelino, general Jaled Nezzar, que Argelia los abandonaba y todo concluía para ellos. "Es el fin, se acabó, nos quieren echar fuera" les comentaba a sus dos acompañantes, Bachir M. Sayed y Brahim Hakín.

Pero simétricamente, también Argelia había acabado por depender tanto del dossier Sahara que el "asunto del sur" llegó a ser parte medular del Estado que encarnaba el FLN. Volcarse con el Polisario era debilitar el hegemonismo regional de Marruecos, viejo fantasma de los dirigentes del FLN. Significativamente todo lo relacionado con el Sahara era competencia exclusiva de la *Securité Militaire*. En la década de los 1980s. lo saharauí se convirtió en un termómetro que marcaba la temperatura de la guerra interna entre las fracciones del partido oficial FLN. Cuando a la muerte de Bumedian, 1979, el nuevo presidente Chadli

¹⁴ Durante 17 años sólo media docena de saharauis conocieron el acuerdo de Nairobi entre Bachir M. Sayed y uld Haidala. En marzo, 1996, tras una entrevista con éste último, el periodista Mahayup Salek lo dio a conocer en un artículo publicado en la revista *Listifa* (Referéndum).

¹⁵ *Jeune Afrique*, núm. 1, v. 503, octubre 1989.

Benjedid, decidido a deshacerse de la herencia de su antecesor, apostó por un nuevo trato con Occidente y buscó vías alternativas a la solución del contencioso, el ejército y la diplomacia del Estado respondieron con cerrada oposición. Taleb Ibrahimí, ministro de exteriores hizo ver repetidamente que era él quien manejaba el tema Sahara, y no el presidente. En 1983, a invitación del conciliatorio Chadli, Marruecos envió a Argel a tres pesos pesados (Driss Basri, Buceta y Guedira) con la propuesta de una autonomía para el SO bajo soberanía marroquí. El FLN se negó a considerarla. En 1987 (mayo) la cumbre prevista en Ujda que reuniría a Chadli, Hassán II y el rey saudí Fhad para buscar vías al contencioso fue dinamitada por el núcleo duro argelino el mes anterior al invitar, inesperadamente, a la tribuna de la reunión entre el Consejo Nacional Palestino y los dirigentes árabes (entre ellos Hassán II) al presidente de la RASD M. Abdelazzis. En mayo de 1988, el mismo día que el presidente Chadli, en su apuesta más fuerte por disociarse del conflicto, anunciaba que se reanudaban relaciones diplomáticas con Marruecos su ministro de exteriores Ibrahimí se despachaba en la ONU con un duro discurso contra Marruecos.

Tras 12 años de presidencia, Chadli Benjedid se fue y el contencioso siguió en los mismos términos que al principio. El efímero presidente M. Budiaf tuvo la ingenuidad, en febrero de 1992, de definir el conflicto no como una disputa Polisario/Marruecos sino Argelia/Marruecos y que él lo iba a resolver en seis meses. Cuatro meses después Budiaf moría asesinado. Desde 1992 varios presidentes se han sucedido y una espantosa guerra se ha ensañado con Argelia. Pero para su gobierno el dossier Sahara sigue en el centro de su agenda internacional. Para atestiguarlo el actual presidente A. Buteflika, visitaba en mayo de 2002 los campamentos de refugiados saharauis en Tinduf. La novedad, en todo caso, ha sido la propuesta argelina (enero 2002) de llegar a un reparto del SO como solución definitiva al conflicto (paradójicamente fue Argelia quien en 1979 se opuso a ella).

Marruecos, como siempre respaldado por Francia, ha rechazado la partición alegando que las provincias del sur forman un todo indivisible. Ello se contradice con la donación que en su día hizo a Mauritania de la parte sur del territorio y que ésta incorporo hasta que sangrada por la guerra se retiró abandonándola. De ello se desprende que no es un tema de territorios, de disponer de más o menos kilómetros de Sahara, sino de una negativa frontal a la existencia de un nuevo estado, por muy pequeño que sea. El miedo cerval de Marruecos no es tanto al Polisario como al control que su temido vecino pueda tener de él.